

Sobre la autobiografía y sus causas

En torno a Ballard y sus obsesiones

Ingrid Sarchman

¿Cuáles son las razones por las cuales alguien decide escribir sobre su propia vida? ¿Qué extraño sentimiento de exhibicionismo produce que voluntariamente un escritor acostumbrado a escribir ficción, a inventar historias ajenas, cuente las propias? ¿Cuál es ese afán de narrar que se apodera del autor y lo obliga a volver sus pasos hasta un tiempo pasado?

En el caso de Milagros de Vida; una autobiografía¹ de James Ballard, no es la añoranza, ni siquiera la necesidad de cerrar heridas ni cobrarse deudas acumuladas. Por otro lado, no es la primera vez que este escritor decide escribir sobre su vida. Incluso, técnicamente este libro es su tercer intento de una autobiografía. La primera vez dio como resultado una novela excepcional, y aquí la palabra debe entenderse de manera literal. El imperio del Sol², a simple vista, fue una excepción al estilo ballardiano especialmente porque el relato tuvo como principal objetivo el recuerdo, la necesidad de dejar por escrito todo aquello que había formado parte de su infancia en Shangai, desde su condición de ciudadano privilegiado primero y como prisionero en un campo de concentración en Lunghua, después. La recreación de los espacios, las casas lujosas, las calles atestadas de gente, las diferencias de clases, y la transformación de aquel que todo lo tuvo y todo lo ha perdido son los temas principales de esta novela. Eso no significa que sus obsesiones no estén presentes; están, pero aparecen como telón de fondo. El pesimismo solapado se advierte toda vez que el relato nos enfrenta con máquinas fatales, ciudades

¹ J.G. BALLARD; Milagros de vida; una autobiografía; Buenos Aires, Mondadori, 2009.

² J.G. BALLARD; El imperio del sol; Buenos Aires, Minotauro, 1984.

devastadas, cuerpos lacerados. Después de todo, la originalidad de la ciencia ficción de Ballard reside en llevar al extremo lo existente, lo posible. Y para eso no necesita inventar escenarios futuristas, ni luminosas naves espaciales. Basta con tomar los materiales actuales y avanzar algunos pasos en sus posibilidades técnicas. Este es un proceso similar al que ocurre cuando se amplifica demasiado una imagen, a mayor proximidad, la escena se vuelve cada vez más extraña. Los rasgos ya no se reconocen como propios y un sentimiento siniestro se apodera del observador.

El segundo intento autobiográfico se llamó *La bondad de las mujeres*³ y a su manera, continuó con el propósito sanador y reconciliador del primero. En ese sentido si “El imperio...” estaba concebido sobre la pregunta básica de ¿qué significa sobrevivir en un mundo basado en la guerra, en la localización y destrucción del enemigo? La infancia, entonces, aparecía como esta tabla de salvación que no sólo le permitía refugiarse en un mundo esperanzador, sino que lograba que la mirada no perdiera la perspectiva, “La bondad...” continúa con la pregunta del sobreviviente pero la contesta desde el mundo adulto. Y en este espacio descubre la zona específica de lo femenino. La hipótesis es simple, la supervivencia como niño en Shangai primero, y su adolescencia y adultez en Londres más tarde, dependió siempre de las distintas mujeres que lo acompañaron. Las niñeras de Shangai, las incipientes adolescentes en Lunghua, y su primera mujer, formaron una primera “barrera de protección” para que él pudiera exorcizar sus propios fantasmas, y convertirlos luego en novelas. Esta hipótesis se refuerza aún más luego de la temprana y sorpresiva muerte de su esposa: “La bondad de las mujeres vino a rescatarme cuando había perdido toda esperanza (...) Me di cuenta más tarde de que permanecían a cierta distancia, en los cercanos aposentos de mi vida, esperando a que hubiera dirigido la cólera contra mí mismo. Entonces avanzaron e hicieron cuanto pudieron por ayudarme” (Ballard; 1991)

Cabe mencionar que en esta novela, la muerte de su mujer, se narra como un episodio sorpresivo. Ballard cuenta los hechos con la rapidez de quien aún no ha comprendido las causas pero no puede omitir los hechos. De la incomprensión surge el relato.

³ J.G: BALLARD; *La bondad de las mujeres*; Barcelona, Emecé Editores, 1991

La segunda “barrera contenedora” de mujeres son las que lo ayudaron a continuar su vida después. Las amigas de su esposa, pero también sus propias hijas, entre otras. Es notable la forma en la cual aparecen todas ellas retratadas, el nivel de detalle en la descripción de aquellas que decide revivir, invierte al relato de un erotismo poco común en un autor como Ballard. Y esto no tiene que ver con el sexo solamente, sino con la dulzura con la que cuenta cada acercamiento, cada descripción, incluso en momentos que parecen difíciles de erotizar, como puede ser una mujer pariendo: “(...) el sudor de sus muslos, el lunar del ombligo, las pecas y las nacaradas señales de sus esfuerzos, la piel rasurada del pubis y los brillantes pétalos de sus labios vulvares, el clítoris congestionado que se curvaba de un modo encantador hacia la izquierda” (Ballard; 1991)

En definitiva, este segundo intento autobiográfico, no se centra en el universo femenino de pleno derecho, sino más bien, reconstruye su historia a partir de los espacios que las mujeres fundaron a lo largo de su vida. Como si el relato ballardiano se constituyera en los bordes. Lo masculino es, en este caso, el resultado de la intervención de cada una de ellas. Un modo de hacer avanzar el relato de un modo arriesgado y por eso mismo, original.

Si un poco más arriba señalábamos la línea de continuidad que unía “El imperio...” con “La bondad...”, cabe preguntarse qué lugar ocupa, el tercer intento autobiográfico “Milagros de vida”. Y en principio, la respuesta no es evidente, y las relaciones con sus libros anteriores no están muy a la vista.

La historia, en general, es la misma, su primera infancia acomodada en Shangai, su condición de prisionero en el campo de Lunghua, su vida en el campo, la relación con sus padres, sus reflexiones, la liberación, escenas que incluso se repiten en todos los libros⁴; la adolescencia y su sentimiento de extranjero en Londres, los estudios incompletos en medicina, sus primeras

⁴ En ambos libros, Ballard cuenta como a poco de ser liberado, caminando sin un rumbo fijo ve cómo en el andén de una estación de trenes abandonada un grupo de soldados japoneses tortura a un joven chino hasta matarlo. El dolor en la mirada del condenado, su cuerpo lastimado, incluso su atuendo, el goce en los ojos de sus torturadores y el paso de la vida a la muerte son las cuestiones que aparecen en la descripción. Y es curioso porque las narra de manera casi calcada. No pasa lo mismo con otras escenas, por ejemplo la de la muerte de su mujer. Mientras que en “La bondad...” fallece imprevistamente después de un golpe en la cabeza en principio sin consecuencias, en “Milagros...” muere a causa de una larga enfermedad. Más allá que el lugar es el mismo (unas vacaciones en España) lo que llama la atención es que mientras en el primer caso Ballard resalta lo imprevisible, en el segundo, la idea de perderla ya estaba instalada mucho tiempo antes de que sucediera efectivamente.

experiencias con los aviones, su obsesión por los automóviles, el casamiento, el nacimiento de sus tres hijos, su temprana viudez, la decisión de ser escritor, su particular mirada sobre la ciencia ficción y su inserción en el campo literario, etc. A simple vista hay sólo dos datos que se agregan, uno es el paso del tiempo, han pasado diecisiete años entre uno y el otro, sus hijos han crecido, se han ido, se han casado, ahora es abuelo y por supuesto ha escrito unas cuantas novelas más. El segundo detalle es la noticia de su enfermedad terminal. Ballard tiene cáncer y lo anuncia en las últimas páginas⁵.

Entonces... ¿cuál es el sentido de esta última publicación? Si volvemos a las preguntas iniciales, no es posible dejar de cuestionarse sobre los objetivos de volver a contar la misma historia. Porque lo que queda claro es que no lo ha hecho simplemente para despedirse de sus lectores. Ballard no es un autor que crea en este tipo de ceremonias simbólicas.

La respuesta, creemos, está en que aquí no se trata de “la misma historia”, aunque los hechos remitan más o menos a las mismas experiencias y los personajes aparenten ocupar un lugar similar en el escenario, aquí el eje es otro. Ballard necesita entender el porqué de sus obsesiones, ponerlas en blanco sobre negro. La pregunta acá no es otra que el problema de la técnica y su relación con la subjetividad. Y eso cambia radicalmente las preguntas iniciales que han dado origen a la necesidad de contar. Al fin y al cabo esta es una novela sobre máquinas. Es un relato que se sostiene en la hipótesis sobre la confrontación de dos tipos de mecanismo, por un lado el modernizador, organizado, estructurado, representado primero por las máquinas de la fábrica de su padre en Shangai y las ostentosas mansiones, y por el otro, una búsqueda incesante de quebrar esta lógica, como si el Ballard niño fuera un luddista en potencia, intentando desarmar ese inmenso reloj en el cual ha nacido.

Es por eso que el ingreso al campo aparece en el relato sorprendentemente liberador. El hacinamiento, desde su perspectiva, es una oportunidad de establecer nuevos lazos sociales, no sólo con sus padres, sino con todos los que comparten ese estado “de excepción”. El tiempo de la máquina moderna se pone en suspenso, todos los días pueden ser distintos, las callejuelas del campo son laberintos donde cualquier cosa puede aparecer. Cada nueva

⁵ Aunque el lector, gracias a una posible operación del marketing editorial, ya conociera la noticia gracias a la lectura de solapa. Allí leemos “El libro se cierra con el estremecedor anuncio del cáncer que padece”.

restricción propone nuevos desafíos a la imaginación. Las estrategias de subsistencia, los modos de burlar la autoridad no son más que interrupciones en un tiempo que ha sido sistematizado, y una puesta en cuestión de la lógica social moderna. Sin embargo, todo esto se ve nuevamente interrumpido por nuevas máquinas, las de guerra. Los aviones rasantes, los misiles, los bombardeos comienzan a configurar el clima de sus próximas novelas. Es ese clima asfixiante, es esa sensación apocalíptica lo que conformaría luego su nueva definición de ciencia ficción.

Después vendrán nuevas máquinas en la Londres de post-guerra. Y otra vez encontramos la misma lógica, a un pensamiento mecánico, se le opone la imaginación rebelde, asistemática, pero especialmente horrorosa. La ficción de las primeras novelas, “La exhibición de atrocidades”⁶, por ejemplo, no es más que el inventario de todas esas máquinas puestas en una lógica original. Sólo así es posible entender qué supone la ciencia ficción en Ballard y porqué en principio ha sido tan resistido, especialmente, en los lectores ingleses de las primeras décadas del ‘50.

Tal como mencionamos más arriba, el recurso ballardiano es siempre el mismo, tomar un objeto y agrandarlo tanto que pierda sus contornos reconocibles, volver extraño lo cotidiano. En el caso de las mujeres este recurso funcionaba en un sentido específico, el de exaltar la belleza de las formas y de sus actos. En cambio, en el resto de sus novelas, ese extrañamiento funciona como una advertencia hacia el “avance” tecnológico. Pero no sólo eso, después de todo sería fácil, salir a las calles al grito de “abajo las máquinas”, -por otro lado, la historia nos enseña que otros lo han hecho sin demasiada suerte- se trata más bien de advertir sobre la naturaleza humana. Hay algo en el hombre que tiende a la destrucción de sí mismo y de lo que lo rodea, y curiosamente este instinto es gozoso. Después de todo, este razonamiento no es nuevo, lo hemos leído en sus distintas versiones, en Sade, en Freud, en Bataille, entre otros; lo que lo hace original es la brutalidad con la que se lo afirma. “Milagros de vida” no es más que la descripción de un siglo que ha hecho todo lo posible por tapar sus excesos con un manto de racionalidad. Y si aparece como autobiografía es porque no le queda otra opción que reflexionar acerca de su época con su propio material.

⁶ J.G. BALLARD; *La exhibición de atrocidades*; Barcelona, Minotauro, 1970.

Planteado desde esta perspectiva, todo intento de reconstruir la propia vida, aun en sus detalles más íntimos, funciona en Ballard como un modo de explicarse -y aquí el “se” adquiere un signo doblemente reflexivo. Algo así como devolverse una mirada más amable, más indulgente acerca de lo que ha sido su vida y su obra. El milagro de su vida es la haber podido juntar las diferentes piezas de las distintas máquinas y crear con ello un edificio que sólo termina de adquirir sentido a los ojos del lector.

Si la ciencia ficción “tradicional” sitúa sus relatos en un tiempo futuro, los dota de máquinas imposibles y el hombre siempre aparece como su máximo operador o su máximo oponente, para Ballard, el tiempo siempre es tiempo presente, y los hombres manejan sus propios autos, sólo que no los usan para trasladarse sino para burlar al orden funcional, para destruir a otros y destruirse, pero principalmente, para gozar. Las técnicas sobre los modos de circulación también son las conocidas, una autopista, una pista de aterrizaje, un rascacielos, aun un club vacacional, sólo que aquí se rebelan contra su modo de funcionamiento y se convierten en otra cosa. Y es esa otra cosa la que necesita de un lector advertido que sepa descifrar las señales del aviso encriptado. Al fin y al cabo, ¿para qué alguien querría ventilar sus propios asuntos? para Ballard se trata ni más ni menos que proponer ejes y usar sus relatos como una aguja que los vaya enhebrando, sólo así, se logra entender la singularidad en cada uno de sus libros, pero especialmente situarlo como habitante de nuestro tiempo, y desde ese lugar, vocero privilegiado para decir algo sobre la naturaleza humana.